

porque como padre absuelve á los pecadores. Vuestro poder está establecido en el orden de la naturaleza: el suyo está establecido en el orden de la fe. Vosotros teneis el imperio del Mundo: él la autoridad de la Iglesia: autoridad, cuyo principio dimana de Jesu-Christo, y cuyos límites se extienden por toda la tierra.

Con los principios de San Agustin, distingue el Christianismo á la Iglesia católica de entre todas las sectas que se separan de ella. Por lo mismo, no se parece en nada el dominio de *San Pedro* al que exercen los reyes de la tierra. La autoridad de estos solo se extiende sobre sus dominios. En saliendo de ellos, tanto son los estados, quantos son los señores. Nosotros debemos ser fieles á los príncipes de quienes somos vasallos: un juramento indisoluble nos ha impuesto esta constante obligacion. Pero no somos responsables de la misma fidelidad á los otros soberanos de la tierra. Cada uno tiene respectivamente su trono, su imperio y sus vasallos. Para que la autoridad de un príncipe fuese sin límites, era menester que concediéramos un monarca dueño del Universo entero.

San Pedro sí que exerce sobre este una autoridad espiritual. Todas las almas redimidas con la sangre de Jesu-Christo están baxo el resorte de su poder. ¿Qué parage del Mundo se hallará que no esté cubierto con la sangre de Jesu-Christo? Por todas partes donde el Evangelio tiene discípulos y espera conquistas la Religion, por todas manda y gobierna

nues-

nuestro Apóstol. Su autoridad no tiene otros límites que los del Christianismo. Nóbrense un solo lugar de la tierra en donde no haya ganado y conservado almas para Jesu-Christo. En los límites que acabamos de prefixar se encierra su autoridad. Aquellos rebeldes á quienes separa la heregía de su obediencia, no detienen el legitimo curso de su dominacion. Ella se exercita en todas las quatro partes del Mundo. *San Pedro* asegura á Roma con su autoridad lo que la faltaba en el brillo de su mayor esplendor. ¡Dichosa Roma! exclama San Leon, ¡y cuántas prerogativas te concede la Cátedra de *San Pedro*! Por ella llegas á ser la primera ciudad del Mundo. *Caput orbis affecta*. Tu espiritual poder se extiende aun mucho mas allá de donde jamás se extendió tu nacimiento temporal. *Latius præsidet Religione divinâ, quam dominatione terrenâ* (1). Tus victorias en los tiempos de aquellas famosas guerras, te sometieron ménos imperios que los que te ha sujetado el Christianismo en el tiempo de una profunda paz. *Minus est, quod tibi bellicus labor subdidit, quam quod tibi pax christiana subjecit*.

No tienen la misma ventaja las desgraciadas ciudades á quienes el cisma y la heregía han arrancado con crueldad del seno de la Iglesia. En diferentes partes del Mundo, decia San Agustin (2), reynan diversas sectas.

T 4

Los

(1) Leo mag. I. Serm. in Natal. Apost. Petr. & Pauli.

(2) Aug. Serm. 16. c. 8. n. 18.

Los Donatistas profetizan en Africa: En el Oriente se ve dogmatizar á los Eunomienses. Pero ni el Africa tiene Eunomienses, ni el Oriente Donatistas. En lo restante del Universo, están condenadas y menospreciadas estas diferentes sectas, y su vacilante Iglesia es justamente mirada como un navío que está para naufragar. La autoridad de *San Pedro*, no se encierra, pues, en estos estrechos límites. Yo advierto extendida por todas partes la verdadera Iglesia. En todas ellas conserva y mantiene su nombre. Aun los mismos hereges no pueden disputarla su general dominio. Al mismo tiempo que la combaten, la confiesan. Siempre se están contradiciendo entre sí mismos, porque su obstinacion no les dexa obedecer á la autoridad que tiene, ni, á pesar de la misma obstinacion, dexan de reconocerla. Los mas terribles enemigos de la Iglesia, en el mero hecho de publicar su catolicismo, hacen patente su vergüenza, su crimen y su destruccion. Rinden al poder de nuestro Apóstol los justos homenages que se merece, sin embargo de que afectan desentenderse de ellos. Este poder está extendido por toda la tierra: tan dilatado es. En ningun siglo decae: tal es su duracion.

Quando prometió Jesu-Christo á *San Pedro* las llaves del reyno de los cielos, no se limitaba esta oferta á él solo. En el sepulcro donde están depositadas sus cenizas, se conserva aquella espada celestial que le fué encomendada. A todos aquellos que le sucedieron en su Cátedra, se les confió tambien igualmente.

te. Por medio de su persona, manda *San Pedro* en todos los siglos y tiempos. Los herederos de su silla, lo son de su poder. Si enseñan á los fieles, es en su nombre en nombre de quien lo hacen. Si dictan leyes, las dictan en su nombre. Y si abren los tesoros de la Iglesia, es porque como legítimos sucesores suyos han recibido de Jesu-Christo el derecho imprescriptible de abrirlos ó cerrarlos.

Pedro es el que habla por boca de los soberanos Pontífices. Este es el sentir de los concilios de Nicéa, de Efeso, de Calcedonia, de Constantinopla, de Trento, y, en fin, el de todos los concilios. Siempre mirarán como juntas cismáticas á todas aquellas que no estén convocadas baxo de la autoridad de *San Pedro*, y confirmadas por él mismo. Este es el punto decisivo que las marca con el sello de la Iglesia, y las da en el Mundo católico, con asistencia del Espíritu Santo, el carácter de infalibilidad.

¿Y á la doctrina de los concilios, añadiré yo la de los santos Papres? Todas las heregías principian inculcando la subordinacion á la Silla Apostólica, que, como dice San Cypriano, es en lo que estriba su error. Inmediatamente procuran combatirla, y de aquí proviene su ceguedad. Concluye su desvarío con abandonarla, y de este modo se fabrican su desgracia. Todo el Mundo confunde su audacia por medio de su sumision. Y ¿á quién acude San Gerónimo para determinar los puntos controvertidos que hacen discordar á Melezo, Vital y Paulino? A la autoridad de *San*
Pe-

Pedro. Si alguno de estos tres profetas, dice, está unido á su Cátedra, ese es, sin duda, mi héroe y mi vencedor. Yo soy discípulo suyo: *Si quis Catedræ Petri jungitur, meus est*. Del mismo modo que siente San Gerónimo, piensan San Agustín, San Próspero, San Anselmo y San Bernardo. Este santo, pues, que se atreva á llevar hasta encima del trono de *San Pedro* los sabios consejos de un zelo apostólico (1): San Bernardo, que veía al parecer con mucho sentimiento en el Papa Eugenio el fausto de un príncipe, la opulencia de un soberano, y su dominación temporal sobre los pueblos. ¿Cuánto engrandece, y qué elogios tan magníficos hace del dominio espiritual de aquel Pontífice sobre las almas? Tú eres, le dice, el honor del sacerdocio, el Pontífice de los Pontífices, y el heredero de los Apóstoles. Siempre representarán en la Iglesia los sucesores de estos el poder de Jesu-Christo.

¿Se apartó la Iglesia de Francia de esta doctrina? No por cierto: siempre reconoció igual y subsistente la autoridad de *San Pedro* en la Silla Apostólica. Nunca, nunca saldrá vencedor, aunque se junte todo el poder del inferno, contra el trono de *San Pedro* y de la Iglesia. Esta nave puede ser combatida por la tempestad, pero no sumergida. Para perpetuarla, perpetuará Dios sus maravillas. Se destruirán los imperios, y éste siempre permanecerá. *Portæ inferi non prævalebunt adversus eam* (2).

(1) Bern. lib. 4. de Consid.

(2) Matth. 16. v. 18.

Se formarán las heregías y serán destruidas. La inseparable gloria de la Cátedra de *San Pedro*, será la de confundir el orgullo de todas las sectas. *Non prævalebunt*.

Una pequeña y particular Iglesia puede perecer: mas la Iglesia universal siempre será el centro de la fe y la regla de la santidad. Los hereges se deleytarán con esparcir fogosas declamaciones contra las costumbres de algunos soberanos Pontífices; pero estas de ningún modo disminuyen su autoridad. Hablo de su autoridad legítima. Tal vez habrá habido alguno entre los sucesores de *San Pedro* á quien este no aprobese su modo de proceder con los soberanos temporales. Concedamos al error ese pretendido triunfo. Pero, ¿por qué estando tan cuidadosos para obscurecer la brillantez de la Silla Apostólica, no quieren someterse á los Pontífices dignos de todo respeto, como son Gregorio el Grande, Leon I., Pio V. y otros? Si era menester atender á las virtudes para garantir y salvar la autoridad de *Pedro*, reparémos en la vida de los Santos que le han sucedido. Pero ya veo que esta es una disputa que, mas bien que no la razon y la virtud, decide el poder.

La conducta de *San Pedro*, es muy digna del alto lugar que ocupa en la Iglesia. A la doctrina de la autoridad junta los ejemplos. *Confirma.*

TERCERA PARTE.

El instruir al Mundo por su doctrina y gober-

bernarle por su autoridad, es la gloria de *San Pedro*. El edificarle y animarle por sus exemplos, le constituye su mérito. Exemplos de fe, de amor y de constancia.

El mérito de la fe, es el primer mérito de los christianos. A la Cabeza de la Iglesia era á quien correspondia dar al Mundo los mas admirables exemplos de esta virtud.

La fe de *Pedro* era una fe pública; y si no ¿qué mayor prueba de esta verdad, quando en medio de los discípulos que formaba, quiso Jesu-Christo asegurarse de su creencia? Les pregunta el Señor:: *Interrogabat* (1). ¿Quién es, en sentir de todos, el hijo del hombre? ¿Y qué respondieron los Apóstoles á esta pregunta tan interesante? Los unos decian, que reconocian por hijo de Dios á Juan Bautista: otros disputaban á este un título tan glorioso para honrar con él á Elías; y otros Profetas, en fin, tenian igualmente sus partidarios, y dexaban la verdad en opiniones (2). Entre estos diversos pareceres ¿qual es vuestro dictámen, les decia Jesu-Christo? ¿qué vengo yo á ser para vosotros? Hablad:: ¿Quién se encargará del cuidado de responder? *Pedro*. Nada se detiene este santo Apóstol: nada duda. El advierte el modo de pensar que todos tienen. Vos sois, exclama, el Christo Hijo de Dios vivo. *Tu es Christus Filius Dei vivi* (3). ¡Gloriosa confesion! Reparad y vereis, herma-

(1) Matth. 16. v. 13. & seq.

(2) Matth. 16. v. 13. & seq.

(3) Ibid.

manos mios, como es este el primer testimonio que públicamente se dió de la divinidad de Jesu-Christo. Pero ¿por quién? Por *San Pedro*. ¿En qué tiempo? En un tiempo en que se contradecia la doctrina de Jesu-Christo, en que sus milagros eran disputados, y su ministerio encontraba muchos enemigos y pocos discípulos. Y ¿á nombre de quién, pregunta S. Juan, hablaba *Pedro*? A nombre de todos los Apóstoles. *Petrus ex personâ omnium profitetur* (1). El es el intérprete de todos los corazones. Sus respuestas son una ley decisiva para todos los discípulos de Jesu-Christo. Su fe, fué ya desde aquel punto la fé de la Iglesia.

Fé victoriosa de los escándalos, que hicieron caer á otros discípulos en la sinagoga de Capharnaum. Anuncia Jesu-Christo el beneficio eterno con que debia enriquecer á la Iglesia por la institucion de la Eucaristia. Mi carne, dixo, será vuestro alimento (2). Al oír estas expresiones, se apoderó la admiracion de los espíritus, empezó á murmurar de ellas la incredulidad, y hasta la misma fé dudaba de ello. Los discípulos infieles abandonaron al mejor de los maestros. Movido Jesu-Christo á vista de esto, preguntó á los demas que le habian quedado, ¿si le querian tambien dexar escandalizados de su doctrina? ¡Ah Señor, replicó al instante *San Pedro*! Y ¿qué maestro habiamos de tomar nosotros? ¿Quién nos habia de librar de la desgracia de vuestra pérdida?

(1) Hieron. lib. 3. Comment. in Matth. c. 16.

(2) Joann. 6.

da? Vuestras palabras son palabras de vida eterna. La incredulidad de los demás, jamás servirá de obstáculo á la docilidad de nuestra fé.

Fé llena de confianza. Por mas que á la vista de *Pedro* le manifeste la mar enfurecida un evidente peligro: por mas que se enfurezcan los vientos contrarios: por mas que bramen las aguas de la mar: aunque se eleven hasta las nubes las irritadas olas, y aunque ruja la tempestad, ninguna cosa le atemoriza, ni le hará dudar de la proteccion de Jesu-Christo. Haced, Señor, le dice, lo que queráis, que yo no me separaré de Vos. Caminaré sobre las aguas (1). Ellas respetarán vuestras órdenes. Vos las podeis mandar, respectó de que mandais á la muerte. Asi como lo dixó, lo hizo. Su confianza llegó á ser la nave donde se embarcó. Las olas le llevaban sobre sí. Parecía que se humillaban á sus pies, y que las aguas se hacian firmes y consistentes para ser los testigos de su fé y recompensarle por ella.

Fé capaz de esfuerzos mas generosos. Ellos representaban á su memoria aquellos dias en que el Salvador del Mundo debia presentarse á la Judéa, como un hombre de dolor anunciado por los Profetas. Ya habia predicho Jesu-Christo las empresas de sus enemigos, y la debilidad de sus discípulos. ¡Ah! responde *San Pedro*! Aun quando todos vuestros discípulos os abandonen, no me olvidaré yo jamás de

(1) Matth. 14.

de Vos. Yo moriré con Vos si es necesario. Os estimo mas que á mi misma vida. *Et si omnes scandalizati fuerint in te, et non ego* (1). ¡Qué fé! ¡qué generosidad! ¡qué amor!

San Pedro habia nacido con un corazon dispuesto á amar. Corazon ciertamente sensible, que en las ofensas hechas á su Dios se creía él mismo ofendido. Corazon intrépido, que no teme en sí mismo los peligros que teme por su maestro. Corazon digno de un Apóstol y del primero de todos ellos, que siente no haber mas que un Mundo que conquistar á Jesu-Christo, y solo una vida que sacrificar por él. Pero dexémos que el amor de *San Pedro* se exprese por sí mismo. La Iglesia nos lo representará: mas ¿de qué modo?

Desde luego nos le pinta baxo la imágen de un penitente, pero de un penitente sincero, movido y penetrado; de un penitente, en quien el amor suple la debilidad y flaqueza. Pero ¿si me atreveré yo á decirlo? Sí, christianos oyentes. Sin un amor excesivo nunca hubiera sido *Pedro* criminal: él amaba á Jesu-Christo. Atendia ménos á la gracia que á su zelo. La presuncion le hizo temerario. Por una ciega confianza dexó de ser justo. Parecía que desafiaba al cielo, y éste le castigó. Se creía invencible y fué vencido. Habia prometido demasiado, y despues fué perjuro.

Yo adoro, ó Dios mio, la impenetrabilidad de vuestros altos juicios en la humilde caida de *San Pedro*. Pero admiro la ternura de

vues-

(1) Matth. cap. 26. v. 33.

vuestra misericordia en la prontitud con que volvió en sí, y en su sincero arrepentimiento. Apenas habia pecado quando le manifestó Jesu-Christo su tristeza y su bondad. ¡Qué señal esta! ¡Qué golpe tan penetrante! Reflexiona *Pedro*, y da á entender con sus lágrimas el arrepentimiento: *Flevit amare*. El amor le representaba toda la fealdad de su delito. El amor le dictó los mas vivos sentimientos. El amor le hizo tributar á su Dios todos los justos homenajes que habia usurpado el temor á su gloria. Al paso que se estremecía al pensar que habia de morir con Jesu-Christo, deseaba con vivas ansias morir por él. La grandeza de sus sacrificios, nunca igualará á la extension de sus deseos.

Ya habian estos y su amor resplandecido ántes, quando sobre el Thabor habia sido con Jesu-Christo expectador de su gloria. ¡Cuán felices son, Señor, decia él, todos los mortales que se hallan donde Vos! El amor le hizo hallar en Jesu-Christo todo lo que no habia encontrado en el Mundo; esto es, la quietud del espíritu, el contento del corazon, la felicidad de la vida y un cielo anticipado. *Domine, bonum est non hic esse* (1).

Ya se habia entregado su corazon á los mismos sentimientos, quando estando en el huerto de Gethsemani, llegó un ingrato discípulo á la frente de algunos hombres entregados á la iniquidad, y siendo traidor á Jesu-Christo, le delató y entregó á ellos. En los

(1) Matth. 17. v. 4.

primeros impulsos de su arrebató, no habia consultado *Pedro*, mas que á su amor. Este le habia hecho armar con una invencible y venajosa espada. Habiendo descargado un golpe con ella á uno de aquellos temerarios, cayó casi espirando á sus pies, bañado en su propia sangre. En el mismo instante, en que se cometi6 el delito, se vió descargar el golpe de su castigo. El vivo y penetrante amor es, en sus sentimientos, muy pronto en las venganzas.

Pero el mas ardiente amor, es tambien el amor mas humilde. Tres veces preguntó á *San Pedro* Jesu-Christo, y otras tantas parece que dudó, no obstante de las muchas protestas que habia hecho al Señor. *Pedro*, ¿amame? *Petra*, ¿amas me? ¿Me amas mas que los otros discípulos? *Diligis me plus his?* A la misma pregunta, dió la propia respuesta. Respuesta firme, pero llena de humildad. ¡O Dios mio! Tú conoces los mas interiores secretos de los corazones. Estás viendo el mio y sabes que te amo.

Domine, tu scis, quia amo te (1).
A no ser tan humilde, bien pudiera haber dado á Jesu-Christo mil demostraciones palpables de su amor. Tú me has visto, pudiera haberle respondido, corre, ácia tu sepulcro, ensalzar tu victoria, anunciarla á tus discípulos, asegurar su fé, y ser el primero que predicó tu gloria. Mis ojos te lo testifican con sus lágrimas, mi corazon te hace ver con sus sentimientos la eficacia de mi amor, ¿y aun me preguntas si te amo? ¡Ah, que esta duda es

Tom. I.

V

muy

(1) Joann. 21. v. 17. (1)

muy sensible á mi ternura! Pero no: no sabe *Pedro* valerse de sus acciones, de sus virtudes, ni de sus sacrificios. Todo esto se puede decir que era contrario á sus sentimientos. Tú conoces, ó Dios mio, decía él, tú conoces mejor que yo este corazon, desentrañad sus afectos: Yo puedo engañarme, pero tú no. *Domine, tu scis, quia amo te.*

Unos sentimientos semejantes precisamente habian de ser siempre duraderos. La constancia de *Pedro* igualaba á su amor.

La constancia es la virtud de los héroes. Ella es igualmente la que los eleva sobre los sucesos y sobre las desgracias. Las cadenas, dice San Juan Chrisóstomo (1), dan mayor brillantez al heroísmo que las victorias mismas. La prisión es el trono de un Apóstol. El mérito entregado á la embriaguez de la prosperidad, se consume entre el horror de los suplicios.

Las cadenas, las prisiones y los suplicios, no son requisitos que han faltado al mérito de *San Pedro*. Roma oyó á los Apóstoles censurar su culto y dar contra sus ídolos. Altérase su política iníquetera, y llena de temblor, lleva hasta el trono de los césares sus quejas y sus furrores. *Pedro* es el primero á quien ella culpa. Y ésta es la primera víctima que se alabó haber sacrificado á la obscurecida gloria de sus simulacros.

Con una mano tímida y débil sostenia Claudio entónces las tiendas del império Romano.

Me-

(1) Joann. Chrisost. in Laud. D. Paul.

Menospreciado y digno de serlo por sus infinitas injusticias, sus arrogantes favores y sus sangrientas crueldades, habia exáltado los ánimos y hecho á todos desobedientes. Aun quando el Universo no hubiera experimentado de él otra desgracia que la de haber conducido á Neron al império, hubiera sido suficiente para hacer aborrecible en todos los siglos su memoria.

Las miras del pueblo, y las murmuraciones del Senado contra *San Pedro*, chocaron al príncipe y le hicieron tomar partido. Un bárbaro edicto fué lo primero que dimanó del trono, en vista del qual salió nuestro Apóstol desterrado de Roma. Los hombres pueden quanto quieren sobre la libertad de un Apóstol; pero nada valen ni influyen en quanto á su zelo.

El de *Pedro*, pues, solo se libertó del primer peligro para sufrir nuevamente otros mayores. Desde Roma se le vió pasar á Jerusalem, á afirmar el império de la Iglesia, y disponer Apóstoles para el Universo. Pero ¡qué suerte tan desgraciada le esperaba en la ingrata Jerusalem!

En esta ciudad reynaba Herodes Agripa, príncipe mas grande por su autoridad, que por su carácter. Esclavo baxo el império de Tiberio, y libre en el de Calígula, habia subido al trono de Judéa mas bien por la proteccion que por el mérito. Era de un genio débil á quien por lo mismo ganaba de su parte la adulacion; y siempre dispuesto para aprovecharse de las ocasiones de hacer ver al

pueblo mas ligero, su facilidad y veletaría. Para este desgraciado príncipe estaba reservado el indigno mérito de ser el primero que sumergiese á la Iglesia recién nacida en las mas tristes alteraciones y desasosiego. Dóciles sus guardas á sus precipitadas órdenes, se atrevieron á poner sobre *San Pedro* sus sacrilegas manos. Le prendieron. Pero ¡qué compasion! Toda la Iglesia parecia estar gimiendo con él entre las prisiones, donde siempre se mantuvo firme, intrépido é invencible. Su prision se habia hecho una cátedra de verdad, desde donde atacaba al judaismo, y enseñaba la Retigion. Al paso que los fieles levantaban sus inocentes gritos hasta el cielo para implorar su libertad, se estaba dando *Pedro* mil enhorabuenas por haber merecido sufrir por Jesu-Christo.

Pero ¡qué mano tan poderosa la que viene á romper sus cadenas! ¡qué espíritu celestial fué el que milagrosamente le franqueó aquellas impenetrables barreras que se oponian á su libertad! ¡Ó Angeles del cielo! Vosotros que velais sobre los intereses de la Iglesia y sobre la salvacion de su Pastor::: Encaminadle, encaminadle á un puerto de seguridad: que hayan léjos de él las borrascas y tempestades: que el ardoroso fuego de las persecuciones le respete á proporcion de lo poco que las teme. ¡Inútiles esfuerzos! Si *Pedro* encontró prisiones en Jerusalem: Roma le prepara una cruz para su muerte. Al discípulo le cupo el mismo suplicio que habia hecho padecer y espirar al maestro. ¡Dichosa fortuna! ¡gloriosa suer-

uerte! ¡De nada se valdrá para no merecerla! El anunciar la verdad, dice San Juan Chri-
sóstomo (1), no era suficiente para su zelo, porque ademas se propuso combatir el vicio. La corte mas licenciosa abria un dilatado campo á sus trabajos apostólicos. Empezó á dar contra sus vicios; y desde luego se advirtió, que aquellos mismos objetos que habian excitado en el príncipe las pasiones, se negaban ya á condescender con ellas. Esto era demasiado para un príncipe como Neron que se habia familiarizado con todos los crímenes, y á quien un nuevo delito le parecia ser una nueva gloria.

Neron, imitador de Augusto al principio de su reynado, sabiendo merecer los elogios y rehusarles, recibir sabios consejos y aprovecharse de ellos; mudó, por desgracia, enteramente de rumbo, y se entregó á los mas vergonzosos desórdenes, manchando la magestad del trono por las infames muertes de un hermano, de una esposa y de una madre. Monstruo de inhumanidad, que en los coléricos accesos de su furor se atrevia á decir, que desearia que el género humano no tuviese sino una cabeza para de este modo tener el bárbaro placer de cortarla. Autor solo del incendio en que iniquamente pensaba sepultar á Roma por el gusto de verla perecer, y tener la fantástica gloria de volverla á levantar con los despojos de sus mismas ruinas; y bastante injusto para imputar á los christianos el

(1) Chriost. in Laud. DD. Petr. & Paul.

el afrentoso crimen, que solo él habia podido concebir. ¡Ah! El hizo correr la sangre de los mártires, despues de haber vertido la mas pura de la que habia en Roma, siendo él mismo victima de su desesperacion, y logrando el menosprecio del império, y las exécraciones de todo el Universo.

Sentenció por fin Neron. Y como *Pedro* se habia atrevido á desagradarle, era preciso que muriese. Con él acabaria tambien San Pablo los dias de su vida; porque como héroe christiano, habia censurado igualmente los vicios de la corte, y se habia hecho odioso al príncipe. Unidos *San Pedro* y San Pablo durante su vida, no era regular que se separasen en la muerte. El mismo zelo, debia tener la propia recompensa. Ambos á dos, como dice San Leon (1), se distinguieron por una vocacion igual. Ambos se fatigaron con trabajos semejantes y parecidos; y ambos habian de acabar con un mismo sacrificio. El suplicio habia de ser diferente; pero ellos mostrarian la misma constancia. Un acero homicida habia de degollar á la segunda cabeza del mundo christiano; pero la primera habia de espirar sobre la cruz. Ambos establecieron la Religion por medio de sus sucesos; y ambos la honrarán con su martirio.

Así acabó su brillante carrera aquel príncipe de los Apóstoles, que fué destinado por Jesu-Christo para confirmar en la fé á sus herma-

(2) *Leo, Mag. Serm. I. de Nativit. Apost. Petr. & Paul.*

manos. *Confirma fratres tuos.* ¡Qué bien desempeñó su encargo! Su doctrina, su autoridad y sus exemplos, son de ello pruebas iumortales. Llenemos nuestras obligaciones, queridos hermanos míos. La doctrina de *San Pedro* pide toda nuestra atencion: estudiémosla. Su autoridad exige nuestra sumision: respetémosla. Sus exemplos merecen nuestra imitacion: hagámosles revivir. Cautive la fé de *Pedro* nuestra inteligencia: reyne su caridad en nuestros corazones y dirijanlos su constancia: de modo, que nos conduzca siempre por la práctica de unas constantes virtudes á la corona que posee en la bienaventuranza.

FIN DEL TOMO PRIMERO.